



EL HOMBRE DE TAURO

Si Aries encarna la primavera, la fuerza de lo que nace, Tauro es el esplendor de lo creado. Tauro es signo de Tierra, signo positivo, terrenal y seguro. Es el hombre que saborea lo que le rodea, que desea apresar cuanto le place y se congratula con el placer que le proporciona porque es suyo. Venus es el planeta que gobierna a los nacidos bajo este signo, y Venus es el planeta del amor, el arte y la alegría de vivir.

El hombre de Tauro no es fantasioso, tiene sus pies firmemente apoyados en el suelo, es el tipo más real y positivo del zodiaco. El más ágil en la mesa y en los negocios. Es conformista, hace de la rutina una guía perfectamente coordinada y le conduce a las posturas y mentalidad más conservadoras. Ama más un kilo de trigo que un poema, y no porque le desagrada la poesía; es que con el trigo se comercia y se come, con la poesía no. Esto, que en principio puede parecer un índice mental de bajo nivel, se convierte en encanto de los Tauros. Ellos saben rodearse de comodidad, de bienes, de paz y tranquilidad. Es emprendedor, de espíritu abierto, noble y generoso, con extraordinaria impresión de solidez.

Pero no se llamen a engaño; si bien es dulce y apacible, amante de la tranquilidad y ponderado, es también celoso, rencoroso y agresivo. Hay que temer la embestida de un Tauro. Lo mejor es no provocarle nunca.

En el amor es donde radica uno de los mayores defectos de los Tauros. Si bien son unos excelentes amadores, son personas casi incapaces de demostrar su afecto con palabras, dan las cosas por supuestas. No son expansivos, si bien se trata de un signo extrovertido. Generalmente son mejores padres que esposos, es el prototipo del cabeza de familia.

La fidelidad conyugal no es el fuerte de este tipo astrológico, las aventuras son frecuentes en ellos, pero jamás podrán frustrar un matrimonio, porque ellos engañan sin traicionar jamás sus propios y auténticos sentimientos.

Sus signos favorables son: Virgo, Capricornio, Cáncer y Piscis.

Sus signos contrarios: Leo, Escorpión y Acuario.

el sex appeal

EL PRIMER CONCURSO DE BELLEZA

Siempre habíamos creído que los concursos de belleza eran cosa de nuestros tiempos, de estos tiempos en que tanto ha conseguido la mujer en su lucha por la independencia y en que las costumbres han evolucionado tanto.

En efecto, ¿quién se imagina a nuestras bisabuelas, con su carga de faldas bajas y corpiños en serie y con la más pesada aún de sus prejuicios, desfilando ante un jurado y un público, para lucir su belleza y el encanto de sus femeninos movimientos?

Y he aquí que ahora, al hojear una revista de hace ochenta y ocho años, nos encontramos con la curiosa noticia de que ya entonces se celebró un concurso de belleza, concurso que tiene especial importancia histórica por ser el primero.

El certamen se celebró en Budapest y en él participaron, no media docena de mujercitas frívolas y audaces, sino ciento cincuenta jóvenes entre las que abundaban las muchachas serias y de buena familia, con lo que quedó demostrado que cuando sale a relucir la cuestión de la belleza, la vanidad femenina no entiende de clases.

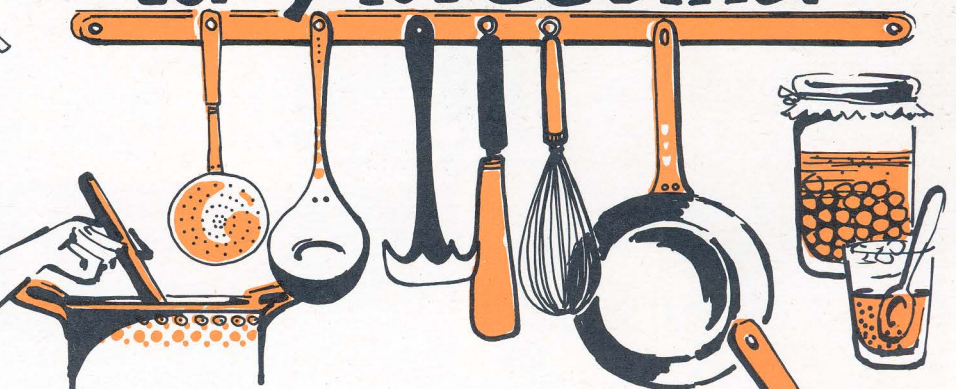
Un reloj, un anillo y una pulsera eran los premios, pero a buen seguro que estas joyas importaban muy poco a las concursantes. A lo que ellas aspiraban era a conseguir el título de la mujer más hermosa de Hungría.

En aquel concurso, que se celebró en el año 1882, obtuvo el primer premio Cornelia Szekeley, cuyo retrato, en grabado de la época, reproducimos. La afortunada beldad era hija de un empleado del Estado, tenía diecisiete años y poseía unos magníficos ojos negros y una figura escultural que impresionaron al jurado.

Hoy, los concursos de belleza están a la orden del día; los hay mundiales, universales, nacionales, incluso de barrios y sociedades. También cuentan los que se refieren a la fotografía, la simpatía, etc. Y a esto hemos llegado por culpa o gracia de aquellos señores de Budapest que en el año 1882 organizaron el primer concurso de belleza.



tu y la cocina



La mujer española está alcanzando el ritmo europeo en su desarrollo social, pero también en los problemas que ello plantea, de los cuales el más señalado es la falta de ayuda en el hogar. Este problema es tanto más grave por cuanto la vida social de la mujer se hace cada vez más compleja.

La cocina, tal como la entendemos, exige muchas horas diarias y es precisamente su obligatoriedad cotidiana lo que la convierte en problema, pero en su trabajo cabe una racionalización que puede simplificarla mucho.

Existen ya en el mercado comidas medio preparadas, guisantes desgranados, patatas peladas, el pescado congelado (servido sin espinas ni arrietes), las eternas legumbres cocidas, etc. Naturalmente estos alimentos son más caros que los otros pero este argumento de precio queda compensado por el tiempo, y el esfuerzo que nos ahorran.

Este mismo criterio de simplificación debemos seguir al preferir comprar los alimentos que puedan guardarse (tales como arroz, harina, azúcar, etc.) y los artículos de limpieza (perfectamente embasados y de fácil manejo) en cantidades suficientes para cubrir las necesidades de todo el mes. Así ahorramos tiempo en las tiendas, ahorramos también exceso de peso de envoltorios pequeños y la tranquilidad de no caer en un olvido inoportuno. Si compramos todo de una vez podremos pedir que nos lo manden a casa. (Es importante al llegar a casa, trasladar los alimentos en sus respectivos botes de cristal; se conservan mejor y se eliminan las eternas papelines que se rompen).

También deberíamos simplificar los menús, pues la costumbre española de los dos platos calientes para comer y los dos platos calientes para cenar, resulta ya de un excesivo lujo de preparación. En otros países comen una sola comida caliente al día, y aún ésta de un solo plato y puedo asegurarnos que su alimentación es más racional e igualmente completa, y las comidas resultan tan buenas y apetitosas como las nuestras.

Hay platos que para ser buenos exigen estar recién hechos (los fritos, las parrilladas, el arroz, etc.) pero hay otros que son completamente susceptibles de ser recalentados sin que por ello pierdan su gusto (estofados, pucheros, carne asada, etcétera.)

Por tanto cada ama de casa debería planificar su propio trabajo según su circunstancias familiares y debería pensar que, a menudo, para los hijos, es más importante que su madre sepa escucharles, que esté atenta a sus problemas, que no que les haya preparado un plato suculento.

